

Varios

El intelectual y su memoria: Darío Cabanelas Rodríguez, ofm.

Entrevista: M^a Paz TORRES

Transcripción e introducción: M^a Paz TORRES

BIBLID [0544-408X]. (2005) 54; 295-311

Hace dos años, en el volumen 52 de esta Revista, se iniciaba la publicación del Ciclo *El Intelectual y su Memoria* con la transcripción de la entrevista realizada a Pedro Martínez Montávez por las profesoras Mercedes del Amo y María Isabel Lázaro. En este volumen, y continuando esa línea, transcribimos ahora la del P. Darío Cabanelas, celebrada un día antes que la del profesor Martínez Montávez, el 24 de abril de 1990, y a propuesta, igual que aquella, del Grupo de Investigación Estudios Árabes Contemporáneos.

Quince años nos separan de aquella ocasión. En ese intervalo Fr. Darío ha muerto. Falleció en su tierra natal, en Orense, el 18 de septiembre de 1992. Un infarto, el segundo en pocos días, cuando ya estaba preparado para volver a Granada tras el paréntesis veraniego, segó su vida. Tenía 75 años y nada hacía sospechar aquel fatal desenlace. Su muerte, como en su momento subrayó el querido compañero José María Fórneas, dejó en quienes estábamos cerca de él o lo tratábamos con asiduidad un lacerante sentimiento de impotencia y orfandad.

Pero no es el momento ni el lugar de volver sobre aquellas circunstancias. Lo que aquí nos trae hoy es la transcripción de una entrevista en la que el P. Cabanelas, gallego introvertido pero buen conversador, nos brinda una serie de vivencias personales que sin duda humanizan su figura y nos la hacen más cercana, contribuyendo a enriquecer la imagen que de él guardamos.

El acto tuvo lugar el mencionado 24 de abril de 1990 en el aula Federico García Lorca de la Facultad de Letras de Granada y contó con la presencia de antiguos alumnos, compañeros y amigos venidos de muy distintos puntos de nuestra geografía. El aula, como se diría en términos taurinos, tuvo un lleno “hasta la bandera”, con un público entusiasta que ovacionó al diestro al terminar la faena.

En la transcripción de la entrevista, como es habitual en el paso de un texto hablado a escrito, he suprimido repeticiones e introducido ligeras correcciones de estilo, respetando en todo momento el contenido de la entrevista. También he podido, y me

he permitido, reconstruir algún corte existente en la video-grabación original porque, a pesar del tiempo transcurrido, aún mantengo vivo en la memoria lo que allí se dijo e incluso conservo algunas anotaciones manuscritas del acto.

Decano (Manuel Sáenz Lorite):

Mi presencia y papel en este acto es, de un lado, muy agradable, aunque simultáneamente algo incómoda. Quiero agradecer con toda sinceridad la presencia hoy del Prof. Cabanelas, como máximo protagonista, pero no me corresponde, como me gustaría, entrar en la biografía y su significado en esta Facultad ya que ello es, en gran medida, la esencia del acto que hoy nos reúne en torno a él. No obstante, aunque sea con brevedad, si me quiero referir a algunas etapas de su vida en las que fui testigo secundario. Así, Darío Cabanelas fue durante un tiempo rector del colegio mayor San Bartolomé y Santiago, de gran raigambre en nuestra Universidad y en el que tuve la fortuna de vivir en mi época de estudiante. Igualmente le tuve como decano de la facultad de Filosofía y Letras cuando ésta se encontraba en el el recordado Palacio de las Columnas.

Estas coincidencias vitales me han permitido, aunque desde ámbitos científicos diferentes, conocer y admirar el historial académico e investigador, y desde luego también el personal, del prof. Cabanelas. Una labor que empieza a ser reconocida, como demuestra el hecho de que actualmente presida el Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino, o el más reciente premio Andalucía de Cultura que acaba de recibir por su labor en el conocimiento del Islam en Andalucía y España.

En el desarrollo de este ciclo de “El intelectual y su memoria” hemos disfrutado de personalidades externas a la Universidad y la Facultad, de campos científicos más o menos tangenciales a los que aquí cultivamos, de manera que por cercano, por su cotidianidad, no siempre sabemos reconocer los valores más próximos que tenemos. Por ello creo que el acto que hoy nos convoca, a iniciativa del departamento y de la facultad, es un justo reconocimiento a la continuada y fructífera labor del padre Cabanelas. La presencia de todos ustedes es la mejor expresión del reconocimiento que debemos hacer a su entrega y años de dedicación que recientemente se pretendía segar mediante una jubilación anticipada y absurda que, por fortuna, se ha podido obviar mediante su nombramiento como profesor emérito de la Universidad.

Prof. Cabanelas, termino esta breve introducción, expresándole mi agradecimiento como decano por su labor en esta Facultad durante tantos años y con el deseo que entienda este acto como muestra del merecido reconocimiento que queremos hacerle llegar por su dedicación a la Universidad.

Por todo ello, muchas gracias, padre Cabanelas y, a continuación tiene la palabra la profra. Torres Palomo.

M^a Paz Torres:

Quiero, en primer lugar y ante todo, expresar mi agradecimiento a la Facultad de Filosofía y Letras de Granada, a su decano, al Grupo de Investigación de Estudios Árabes Contemporáneos que me ha propuesto participar en este acto, para mí muy entrañable, porque me permite no sólo ponerme en contacto con mis orígenes académicos, sino, sobre todo, con la persona que sin ninguna duda y desde el primer momento ha sido y he considerado mi maestro. Yo, profesora en la actualidad en la Facultad de Letras de Málaga, he pasado sin embargo en esta Facultad granadina nada menos que diecisiete años de mi vida, dieciséis de los cuales han transcurrido muy cerca del profesor Cabanelas, primero como alumna en sus clases de árabe, más tarde, como profesora ayudante, después profesora adjunta de su cátedra. Creo sinceramente que deben ser estas razones las que han hecho que hoy me hayan elegido para hacer esta presentación.

Si presentar a una persona conocida es difícil, más lo es si a esta persona nos une una relación de tantos años, tan directa y tan personal. Se corre el riesgo, se corre el peligro, de que nuestras palabras puedan empañarse de afecto y admiración y por tanto restarles cierta objetividad a lo que queremos decir de él. Ambos riesgos voy a intentar soslayarlos limitando mi presentación a lo realmente imprescindible y dejando que sea el Dr. Cabanelas el que hable. De todas formas también tendría que reconocer que no podría hablar mucho de él, porque como buen gallego siempre ha sido muy reacio a contar cosas de sí mismo. Espero que en esta ocasión nos haga una excepción.

Conocí al Dr. Cabanelas una tarde de primavera de 1961, aquí en Granada, por la Cuesta del Chapiz, subía él, bajaba yo, de la Escuela de Estudios Árabes, estudiaba primero de Comunes, íbamos allí a que nos diera prácticas de árabe Encarnita Seco. Un compañero que también bajaba, cuando lo vio, nos dijo: es el padre Cabanelas, el curso que viene os dará clase. Efectivamente, al octubre siguiente lo tuvimos dándonos la Lengua Árabe de segundo curso. Era un profesor que infundía un enorme respeto. De puntualidad germánica, recuerdo que había que correr como un gamo cuando terminaba la clase anterior para no llegar tarde a la suya, porque, si eso ocurría, en el mejor de los casos nos dirigía una mirada que no quedaban ganas de repetir, en el peor había además rapapolvo. De aquellas clases, de una gran elementalidad porque en segundo curso tampoco cabía otra opción, sí recuerdo su impacto. El profesor Cabanelas no se limitaba a enseñarnos árabe, transmitía una pasión especial por el árabe. Con una minuciosidad extrema, conseguía que aquellos arabescos ininteligibles para nosotros comenzaran a decirnos cosas. Nos enseñaba a observar, a discutir, a razonar, a descubrir y a ir avanzando, y aquella era una aventura tan apasio-

nante y a la vez tan lógica que, sin darnos cuenta, el venenillo del árabe se iba metiendo dentro. Aquellas clases eran la cantera de los futuros licenciados en Semíticas.

Fuera de clase, muy poco se sabía de él. Era persona callada, seria, enemiga de pasillos. A todos nos extrañaba, en cierta medida, el que un gallego, porque eso sí sabíamos, que era gallego, estuviera aquí en Granada y dándonos clases de árabe, pero naturalmente a nadie se nos ocurría en ningún momento abordarle y mucho menos preguntarle. Creo que sin embargo hoy nos ha llegado nuestra oportunidad y vamos a aprovecharla. Mi primera pregunta sería: ¿cómo y por qué se dedica al árabe y se incorpora al arabismo, Padre?

P. Darío Cabanelas:

Antes de contestar a esta pregunta yo subrayaría una cosa. Acabas de decir que sorprendía que un gallego estuviese aquí enseñando árabe, hoy la sorpresa sería doble porque ya somos dos. En contestación a la pregunta, naturalmente, como en otros casos similares, mi incorporación al arabismo no se ha efectuado mediante un acto concreto y específico sino que se ha ido realizando de una manera progresiva, por ello si he de tomar la corriente en su mismo nacimiento he de recordar algunas circunstancias que han determinado mi primera andadura en el estudio del árabe y luego la posterior incorporación al arabismo.

Cuando yo cursaba la carrera eclesiástica, sobre todo en los últimos cuatro años consagrados al estudio de la teología y otras materias complementarias, yo tenía mis pequeñas aficiones ya al árabe, y al etiópico, del que hoy no recuerdo prácticamente nada, pero entonces tenía una gramática de etiópico y otra de árabe de un antiguo misionero franciscano de Marruecos, el padre Rafael González, publicada en Tánger en 1910 que aún anda por ahí y tiene todavía algunas cosas aprovechables, aunque hoy necesitaría una profunda renovación, y aparte del griego, del latín y del hebreo, que entonces cursábamos con bastante intensidad, yo dedicaba algunos ratos a esta afición particular.

Cuando concluí la carrera eclesiástica, y fui ordenado sacerdote a los 23 años, era costumbre que todos los profesores nuestros, bajo la presidencia del ministro provincial, tuviesen una reunión, que para nosotros era una reunión como el secreto de sumario, no sabíamos nada. ¿Para qué esta reunión? Para destinar a cada uno a alguna futura ocupación según sus condiciones y a veces, aunque no siempre, según sus aficiones. Uno de los profesores que había tenido, de Historia de las Religiones, de Historia Eclesiástica, sé *a posteriori*, porque todo eso era secreto, que me propuso para ir a Madrid como redactor de una revista franciscana que tenemos hace muchísimos años, desde el año 1913 en que se funda, la revista Archivo Iberoamericano, ahora mismo anda por el volumen me parece que 80, una revista consagrada especialmente

a la historia de la Orden, a la historia eclesiástica, pero sobre todo a la historia de la Orden en España, a la historia de las misiones franciscanas en Filipinas y especialmente en Hispanoamérica, como su mismo nombre indica. Esa propuesta no prosperó, porque fue superada por otra muy concreta del propio ministro provincial que había sido mi profesor de filosofía, el padre Francisco Aldegunde, futuro obispo de Tánger y admirador del arabista Miguel Asín, que propuso mi marcha a Madrid para estudiar la carrera de Filología Semítica.

Una vez en Madrid, siendo todavía alumno de Estudios Comunes, las secciones de semíticas de Madrid, Barcelona y Granada, las únicas existentes entonces en España, organizaron un viaje, llamado de estudios, bueno yo diría una excursión a Marruecos y a Andalucía. Los de Barcelona, por causas que no voy a enumerar, tuvieron que retrasarse y no se reunieron con nosotros, pero los de Madrid y Granada sí fuimos a Marruecos y vimos Andalucía. Como en la especialidad de Madrid sólo había tres alumnos, eligieron a otros tres de los estudios comunes para dicha excursión, uno de ellos fui yo. Al concluir este viaje don Emilio García Gómez me dijo: desde hoy si quiere puede trabajar en la Escuela de Estudios Árabes. Entonces estaba comenzando el Consejo de Investigaciones, que se creó después de nuestra Guerra Civil, y prácticamente todos los profesores de la universidad por la mañana daban sus clases, trabajaban en sus facultades, y por la tarde trabajaban en nuevos institutos del Consejo. Hoy el Consejo de Investigaciones, aquí hay algún miembro presente, ha llegado a su mayoría de edad, hoy no necesitan ya de la Universidad, hay hijos propios del Consejo, funcionarios del Consejo que se dedican íntegramente a la investigación. Entonces no, por la mañana se trabajaba en la Universidad y por la tarde, yo concretamente y los de árabe, en la Escuela de Estudios Árabes. Escuela de Estudios Árabes de Madrid que se había creado juntamente con la de Granada el año 32, durante la Segunda República, pero que fueron incorporadas ambas al Consejo de Investigaciones una vez que éste se creó. Allí, en una sala presidida por don Jaime Oliver Asín y en el otro extremo por don Leopoldo Torres Balbás, inolvidable arquitecto de la Alhambra, allí pasé yo los primeros años en la Escuela de Madrid hasta que, a partir del año 50, trabajé en el mismo despacho de don Emilio García Gómez, hasta que me vine a Granada. Esta fue mi primera etapa progresiva en la incorporación al arabismo.

M.P.T.— ¿Y cómo viene a Granada?, ¿fue el azar?, ¿fue una elección consciente y voluntaria?

D.C.— En esta decisión, que es una de estas decisiones que tienen un carácter trascendental en la vida, intervinieron diversos factores. El primero de ellos, que muchos naturalmente ignoran, fue un factor de amistad. Juan Vernet, mi compañero y actual

catedrático de Barcelona, que era de mi misma promoción, estuvo un año en Madrid por problemas familiares, y asistió a nuestras clases, pero se examinó en Barcelona. Trabajamos una profunda amistad desde aquel año, y cuando se realizaron las oposiciones a las dos cátedras, una de Granada y otra de Barcelona, entre los cinco opositores que éramos, los dos fuimos los votados. Para Juan Vernet Barcelona era algo fundamental, algo esencial. Allí tenía su familia, allí tenía a su maestro, don José María Millás Vallicrosa, allí tenía su escuela, orientada preferentemente a la historia de la ciencia, sobre todo a la historia de la ciencia árabe.

Yo, en cambio, en Granada tenía la Escuela de Estudios Árabes, gemela como he dicho de la de Madrid, y conocía a todo su personal porque durante los años que estuve en la de Madrid por allí habían pasado todos. Había asistido a las oposiciones del catedrático de Árabe D. Luís Seco de Lucena, director de la Escuela, a las oposiciones de D. Alfonso Gámir Sandoval, catedrático de Historia de España y secretario de la Escuela, a la tesis doctoral de la inestimable Joaquina Eguaras, que luego fue mi adjunta. Había sido uno de los miembros de la Tesis de la señorita Carmina Villanueva, tan recordada en esta Facultad. A todos los conocía, por tanto para mí Granada era mucho más atractiva que Barcelona.

Pero había un tercer factor, la Alhambra. La Alhambra me había impresionado, de tal manera que el año 50 volví a Granada de incógnito, estuve una semana, sin que nadie se enterase de los conocidos, visitando detenidamente la Alhambra, solamente me encontré con el que había de ser gran amigo D. Jesús Bermúdez Pareja. Así, en el momento de la elección no había duda. Pero todavía había un factor más, el clima. A mí, entonces, el clima húmedo de puerto de mar no me era propicio y sí el clima de Granada. No sólo el clima físico sino también el clima de la Escuela y esperaba que me fuese también el clima de la Facultad. Por eso elegí Granada y ahora descubriré un secreto, que espero que no cause enfado a Juan Vernet. En gratitud me dio un espléndido banquete que no se lo saltaba un galgo y ese banquete además se realizó en un lugar que tiene resonancias eclesiásticas, que es el Pulpitillo, en la Plaza Mayor de Madrid, los que conozcan Madrid sabrán donde está el famoso Pulpitillo, no lejos de donde la leyenda sitúa las cuevas de Luís Candelas, allí fue esa comida que me ofreció Juan Vernet. Toda mi vida me he alegrado de esta decisión, Juan Vernet ha mantenido siempre conmigo una amistad fraternal y en Barcelona ha llegado a ser la primera autoridad, sin duda, en la historia de la ciencia árabe y una de las primeras autoridades en Europa.

M.P.T.— ¿Qué encontró en la Universidad de Granada cuando se incorporó? ¿Qué diferencias subrayaría con la Universidad, con la Facultad que tenemos hoy?

D.C.— La Universidad esencialmente era la misma porque la esencia de la Universidad sigue siendo la misma, pero los accidentes, como dirían los filósofos, eran bas-

tante distintos. Concretándome sólo a nuestra Facultad de Letras, para que hoy sepan lo que era aquella Facultad, no había más que en aquel curso en que yo me incorporé, febrero del año 55, trescientos treinta y tres alumnos oficiales en toda la Facultad, once catedráticos, con mi incorporación llegamos a la docena, catorce profesores adjuntos porque había alguno más que los catedráticos como encargados de cátedras vacantes. En la secretaría de la Facultad, admírense ustedes, una sola persona, una señorita cuyo nombre recuerdo perfectamente. No había despachos, no había más que tres o cuatro despachos-seminarios, el de Paleografía, el de Literatura, el de Gramática Histórica y casi ninguno más, y sin despachos particulares. Falta de medios, a pesar de que teníamos para entonces la buena biblioteca de la Facultad y, para los de árabe, la biblioteca de la Escuela de Estudios Árabes que era un elemento importante para nosotros. Sin embargo, se carecía de muchas cosas, pero yo recuerdo aquella primera etapa por dos cosas fundamentales: un estilo universitario para mí inolvidable y una gran calidad humana. A pesar de aquella falta de medios, en la Facultad se formaron entonces grandes profesores que hoy enseñan en esta casa y en otras muchas facultades de la universidad española.

M.P.T.— Vd. fue decano de la Facultad de Letras, de esta Facultad en la que estamos, en una década difícil, la de los 60, una década muy politizada en la que la Iglesia, oficialmente asociada al poder, no estaba bien vista. Vd. era sacerdote, franciscano por más señas, y su hábito lo iba proclamando a voces. Sin embargo Vd. nunca fue objeto de rechazo ni de crítica. Vd., lo recuerdo, fue una persona muy respetada, muy respetada por todos y consiguió no una Facultad apolítica pero sí una Facultad pacífica en los términos de entonces. ¿Cómo lo consiguió?

D.C.— Pacífica hasta cierto punto. Por lo que se refiere a mi etapa en el decanato, tengo que decir que antes de esa etapa hubo un primer intento de que yo fuese decano, un leve intento, cuando D. Emilio Orozco renunció a seguir en el cargo después de dos trienios que llevaba, pero afortunadamente pude capear esa situación porque la persona que se presentaba, aunque entonces no se presentaban candidaturas como ahora, era persona muy conocida en Granada, de una personalidad extraordinaria que había sido muchísimos años rector de esta Universidad, que era D. Antonio Marín Ocete.

Yo pude salvarme afortunadamente del decanato en aquellos momentos. Pero cuando se concluyó la etapa de D. Antonio Marín Ocete, y he de decirlo, por una verdadera encerrona de mis compañeros, he sido decano. Yo había pasado unos días con gripe en el mes de diciembre del año 65 y el primer día que fui a la Facultad iba porque había votación para decano. Al entrar en la Facultad me encontré con un grupo de compañeros y me dijeron, vamos a tomar un café. Fuimos a tomar un café en un café-bar que no sé si sigue porque en mi vida posterior no he vuelto a entrar, no

he tenido oportunidad, el bar de Los Pirineos, en la Plaza de la Trinidad. Y durante la conversación les dije: bueno, ¿por dónde van los tiros? Me dicen: ya está arreglado, está hecho. ¿Cómo que está hecho? Sí, tú eres el decano, y el vicedecano va a ser José Manuel Pita Andrade. Eso será una broma. No, no, no. Es una cosa hecha.

El consenso era mucho más fácil entonces porque, como digo, la Junta de Facultad la formaban sólo los catedráticos. Éstos, aunque habían crecido un poco en el número, porque me parece que éramos quince, sin embargo era muy fácil ponerse de acuerdo. Efectivamente, llegamos a la votación y salí decano, pero yo lo he considerado como una verdadera encerrona. Yo admiro, admiro y alabo al que desee ser decano de su Facultad y rector de su Universidad. Creo que es una vocación loable y justa pero yo no lo quería, lo confieso, acepté simplemente como un servicio y ante la votación de los compañeros y recordando también una frase de un profesor mío en la carrera eclesiástica que solía decir: a veces, el ser en la vida tiene sus inconvenientes, hay que enfrentarse a los problemas, hay que resolver dificultades, pero el haber sido no está mal. O sea que el *ex* parece que sienta bien, pero el *ser*, a veces no tan bien.

De mi etapa de decano tengo un buen recuerdo, lo reconozco, sobre todo y creo que lo digo por vez primera, por la unión que había entonces entre los profesores. Una gran unión, naturalmente respetando las ideas de cada uno, pero contribuía a ello el ser pocos en número, como éramos entonces, y sobre todo el intercambio continuo, porque antes o después de las clases nos veíamos todos los días en el despacho destinado al secretario de la Facultad, lo que hoy naturalmente por el volumen de esta casa no puede realizarse, pero entonces sí. He tenido la satisfacción de concluir unas obras en la Facultad que se habían comenzado en tiempo de mi antecesor para que todos los catedráticos entonces existentes tuviesen al menos un humilde, sencillo despacho, que compartían con su adjunto y con sus ayudantes. Se concluyeron dos aulas grandes de ciento y pico de alumnos, que no había en la Facultad. Esto supuso naturalmente una obra en el edificio que a mí no me agradaba mucho, pero que respetó en lo posible su estructura.

En cuanto a la politización de la Facultad en aquellos momentos, efectivamente, a medida que los años iban transcurriendo la gente deseaba cambiar de postura, de régimen. Es lógico. Pero mi afán ha sido siempre, durante aquellos años, conservar en la medida de lo posible la normalidad académica porque creía que era lo mejor para los alumnos que, en definitiva, son siempre los que pagan el pato. En aquellos tres años creo que he dialogado más que en toda mi vida, pero los alumnos, los que diríamos los jefes del grupo de entonces de la lucha, en el lenguaje oficial “la subversión”, tenían una buena cualidad, que informaban al decano anticipadamente de cuándo proyectaban la huelga, no sé si ahora lo siguen haciendo, y entonces yo pro-

curaba dialogar con ellos, sobre todo que no se quedase sola la Facultad de Letras en la huelga. Los jóvenes no lo recuerdan, la Facultad de Letras ha sido siempre pionera en aquello que se llamaba la subversión, tal vez por la naturaleza de los estudios que en ella se cursan.

En Granada ya me dirán, la Facultad de Letras era constante punto de mira de las demás facultades. Si había huelga, la Facultad de Letras seguramente. En aquellos momentos la Junta de Gobierno, que no la constituía más que el Rector, el Secretario General y los decanos, nos reuníamos prácticamente todos los días, no de una manera oficial, en las últimas horas de la mañana, para cambiar impresiones, ver si iba a haber huelga, no iba a haber huelga.

Recuerdo que alguna de esas huelgas que me comunicaron pudo reconducirse porque mi información fue más rápida que la de los alumnos. En la Facultad no había más que dos teléfonos. En el decanato y en la secretaría. Los alumnos, para conectarse con otras facultades y universidades tenían que salir a la calle, ir a un bar y llamar por teléfono. Ellos me anunciaron que iba a haber una huelga general en toda España. Mis informaciones eran contrarias. Pensé, bueno, vamos a ver si es general, porque si se quedaba una Facultad sola era peligrosísimo y era muy probable que le aplicasen sanciones del Ministerio. Si eran todas, el Ministerio se lo pensaba más. Y entonces me informé y fueron fallando todas las universidades, empezando por Valencia, que es la que ellos me proponían como cabeza en aquella huelga, la de Valladolid, Salamanca, etc. A las 11 de la mañana volvieron. Mis informes son, les dije, que no hay huelga general. Y lo aceptaron: queda desconvocada la huelga. Yo avisé inmediatamente a la Junta de Gobierno y toda la Facultad volvió a la normalidad.

Pocos días antes de renunciar al decanato me comunicaron, por estos días del mes de abril, a final del mes de abril, que había un proyecto de realizar una marcha de todas las universidades españolas sobre Madrid. Yo les dije, ya estamos a final de curso, lo mejor es que ustedes se examinen, aprueben el curso y después, en la segunda quincena de julio, organizan esa especie de cruzada hasta Madrid y si pueden ustedes llegan hasta El Pardo. Se echaron a reír, me dijeron: sí, Vd. sabe muy bien que en el mes de julio no nos podemos conectar unos con otros. En fin, el motivo a que se debió el fracaso no lo sé, pero no se llevó a cabo aquella marcha. Recordemos que en aquellos días era el mayo francés. Yo dejé el decanato en el mes de mayo, me sucedió el compañero Antonio Gallego Morell, que tuvo también sus coletazos de “la subversión”, porque iba en proporción creciente a medida que pasaban los años. Pero yo, a pesar de todo, tengo un grato recuerdo de aquel decanato y, sobre todo, de la franqueza con que los alumnos me anticipaban los días que pensaban hacer huelga.

M.P.T.— Me consta que Vd. nunca tuvo apego a los cargos, que el decanato lo asumió muy en contra de su voluntad, lo digo porque lo viví también, que después, de forma reiterada se negó a aceptar otros cargos de mayor relieve que le ofrecían y que le insistían para que aceptara, y todo para dedicarse exclusivamente a su docencia y a la investigación. Es cierto que su labor docente ha sido muy fecunda: alumnos suyos están, estamos, en todas las universidades andaluzas, en todos yo creo que ha quedado su estilo y su impronta. Vd. no ha sido un profesor más, Vd. ha sido un auténtico Maestro. Un maestro según el principio sufí que dice “...no será tu maestro el que te dé sus explicaciones sino el que deje en ti la huella de su enseñanza”. Eso verdaderamente es algo que a todos nos causa una gran admiración y cierta envidia. ¿Cómo lo consigue? ¿Cómo, qué fórmula existe para que efectivamente un profesor deje de ser un profesor más y se convierta en un maestro, que aspire a ser un maestro?

D.C.— Esas palabras que has citado de un sufí son palabras realmente hermosas y a mí me suenan mucho porque resulta que las tengo grabadas en una pequeña placa, recuerdo... de algún alumno. Pero la huella que yo he dejado en antiguos alumnos son ellos los que han de decir si he dejado huella pequeña o grande, tal vez pequeña.

Yo, en el trato con los alumnos, he tenido tres principios básicos que ahora voy a recordar y que nunca he hablado de ellos. Primero, no darles plantón, y perdonen la palabreja porque se debe a un compañero mío de Madrid ante algunos profesores, no de la especialidad pero sí de los estudios comunes, que a veces no se presentaban en clase. En esas ocasiones, cuando pasaba media hora, se levantaba aquel alumno y decía: señores, está claro que este profesor nos ha dado *plantón*, vámonos. Y nos marchábamos. Por eso yo he procurado no darles nunca plantón. Y en las primeras clases de cada curso les decía, salvo que un coche me atropelle, si yo no puedo venir por fuerza mayor, por la causa que sea, yo les avisaré a ustedes para que no pierdan tiempo y se vayan a la biblioteca a trabajar, pero en cambio les pido que también me avisen anticipadamente cuando hagan huelga, cuando se dediquen a construir puentes o adelantar o retrasar las vacaciones de Navidad y Semana Santa sobre todo. Efectivamente, lo han cumplido, pero en una ocasión no. Después de las vacaciones de Navidad, un curso en el que habíamos concretado el día en que íbamos a reanudar las clases, no apareció nadie. La clase siguiente les formulé unas cuatro o cinco preguntas, sin mala intención desde luego, para que las contestasen por escrito. Y recuerdo que en algún rostro femenino se deslizó alguna lagrimita. Yo creo que la lagrimita no pertenecía a alumnos de los que menos sabían sino de los que más sabían y su amor propio no les permitía el pasar por unas contestaciones peores de las que ellos en otro momento podrían dar. Pero fue un remedio eficaz, lo confieso. Ese pacto lo cumplí hasta última hora, hasta mi jubilación, y ellos realmente también.

El segundo elemento en mi trato con los alumnos fue interesarme por los que se interesaban, siguiendo un poco la tradición del arabismo español. En aquellos primeros momentos, en Granada, en otras universidades también, en Madrid pasaba lo mismo, venían a veces a la Facultad a matricularse de árabe alumnos que en la Segunda Enseñanza no habían cursado griego y entonces se matriculaban en árabe porque se empezaba de cero y creían que podrían superarlo. Yo me interesaba por todos para que todos pudiesen aprobar el curso, pero en especial me interesaba por aquellos que se interesaban por el árabe. En esto tengo que recordar también una anécdota, de un señor muy corpulento, perteneciente a esa clase de alumnos que acabo de recordar, de una ciudad cercana a Granada, no de Granada, me pidió una entrevista, se la concedí y me dijo, mire Vd., le voy a ser franco. Digo, no, Franco está en Madrid, Vd. no puede ser Franco. A mí el árabe no me ha interesado ni me interesa absolutamente nada. De acuerdo, le dije, eso es lo primero que digo yo en mis cursos: el árabe en absoluto hace falta para salvarse, sólo para aprobar el curso. Tenga Vd. en cuenta que las únicas opcionales que hay hasta ahora en la Facultad son Árabe y Griego. Si Vd. ha elegido Árabe... No, balbuceó, porque el árabe... yo no, porque yo el griego... porque yo no sé griego. Pues entonces tiene Vd. que estudiar el árabe, porque, si no, es una discriminación que Vd. lleve en su expediente una asignatura menos que los demás compañeros a la hora de concurrir a becas, etc., y eso no es justo. Bien, no sé si por el verano, por fuerza o por convicción, no lo sé, se buscó un profesor y en el mes de septiembre aprobó el examen de árabe.

El tercer factor en mi trato con los alumnos fue el intentar siempre ser justo en mis calificaciones. No sé si lo he logrado. No había problema en los ejercicios, no exámenes, para mí la palabra examen siempre ha tenido muy mala prensa, y procuraba no utilizarla. Siempre eran ejercicios, encuestas en fin. Y durante el curso, las pruebas trimestrales, los ejercicios, los corregía en la misma clase, señalando a cada uno en lo que había tropezado, porque creía que así era la manera de aprender mucho más que en dos o tres clases que se perdiesen. En el examen final, como no había clases después, estaban los exámenes en mi despacho a disposición de todo el que quisiese consultarlos y confrontarlos con los de sus compañeros. A veces han subido algunos, pero yo creo que no más de los dedos de una mano, y al ver sus exámenes, cuando llegaban por el medio: bueno... no... ya está... es que creí que lo había hecho mejor... Y se iban. Estos son los tres elementos que yo he utilizado en mi trato con los alumnos, y nunca afortunadamente me han creado problemas.

M.P.T.— La anécdota que ha contado la tengo muy vivida porque precisamente fue nuestro curso, y lo recuerdo bien.

Pero volviendo a la entrevista. Su línea investigadora actual, Padre, está vinculada a Granada, de una manera especial a la Alhambra. Sin embargo, no siempre ha sido

así, sus primeras investigaciones van por otros derroteros muy distintos, en la línea de la filosofía, del pensamiento y de la religiosidad islámicas. ¿Cómo se ha producido ese cambio?

D.C.— Ese es un cambio que he observado también en otros compañeros, es un cambio lógico. En primer lugar, en Madrid, trabajé sobre filosofía hispano-musulmana, también sobre otros temas, y en especial en el libro de cabecera que es siempre la tesis doctoral, sobre Juan de Segovia y el entonces problema islámico. Y esta tesis doctoral, que en España realmente en su momento tal vez no se difundió como sería de desear, en el extranjero tuvo gran repercusión, sobre todo en Francia e Italia. Ahora se va a reeditar. No había llegado todavía el Concilio Vaticano II, donde se ha realizado una cierta aproximación al diálogo islamo-cristiano y Juan de Segovia, catedrático de la antigua universidad de Salamanca, gran orador y teólogo en el Concilio de Basilea, y que al final de su vida se retira a un priorato benedictino de Italia, y allí realiza con sus ayudantes, y sobre todo con un alfaquí de la Aljama de Segovia, que él contrata y lleva pagando de su bolsillo, una traducción del Corán al latín y al español. Esa traducción, que era un volumen monumental, se conservó en la universidad de Salamanca, en su capilla, hasta que en el siglo pasado se quemó la capilla de la universidad y pereció ese volumen, pero se ha conservado su prólogo, yo lo he editado, donde explica las características de ese volumen.

El año pasado se me pidió que hiciese un extracto de esa tesis y lo hice con el título “Juan de Segovia, adelantado del diálogo islamo-cristiano a finales de la Edad Media”, acabo de recibir una carta del padre Galindo Aguilar, director de la revista en la que se publicó el trabajo, donde me dice que en el extranjero se han echado las manos a la cabeza porque no conocían esa tesis, porque es de una actualidad tremenda el título que él daba a su método para tratar con los musulmanes y que se resumía en las palabras latinas *Per viam pacis et doctrinae*, por el camino, los caminos, de la paz y del diálogo, la doctrina, la discusión. Y señalaba tres etapas, la primera sobre todo tener paz con los pueblos islámicos, las cruzadas en su tiempo habían fracasado, por lo que había pensado otros caminos; en segundo lugar una relación sobre todo socio-cultural que duraría muchísimos años, que él no se atrevía a ponerle límite, y al final de esa segunda etapa, cuando estuviesen los ánimos preparados de unos y otros, y se conociesen mutuamente, se iniciasen las discusiones teológicas entre musulmanes y cristianos.

Cuando me vine a Granada, y esto responde a la actual orientación de las universidades, que deben preocuparse de los problemas que hay en su zona, en su entorno y también estudiar los temas que les brinda ese entorno, me fui concretando en temas más granadinos, como el morisco Alonso del Castillo, lo que me dio pie a conectar también con la política de Marruecos y España en tiempo de Felipe II dando a cono-

cer bastantes cartas árabes, no sólo del sultán Aḥḥmad al-Manṣūr, el gran sultán marroquí, sino también de los sultanes de Constantinopla enviados a la corte de Felipe II.

Otro aspecto fue el de las láminas o libros plúmbeos del Sacromonte, un tema que los jóvenes no sabrán de qué va, pero que ha hecho correr mucha tinta desde finales del siglo XVI hasta finales del siglo XVII y todavía después, y aún hoy siguen en Granada muchas secuelas de aquel problema, el problema de las láminas o libros plúmbeos que aparecieron excavando a orillas del Darro, y donde aparecieron también unas láminas relativas a los primeros mártires granadinos. Todo eso, que me perdonen los eclesiásticos, ellos lo saben muy bien, está todo en el aire porque las reliquias martiriales se basaban en los libros plúmbeos, los libros plúmbeos fueron obra de un grupo selecto de moriscos granadinos, y por tanto todo está edificado sobre arena movediza. Pero a ello se debe la fundación de la abadía del Sacromonte. Yo he escrito varios artículos sobre el tema y luego ha continuado mi discípulo, el profesor Hagerty, con su memoria de licenciatura y su tesis doctoral.

Después me he ido centrando más en la Alhambra, que había sido en mi primer momento una de las ideas que me había traído a Granada, y la Alhambra sobre todo en el aspecto de las inscripciones, tanto como Patrono de la Alhambra como por mi interés personal. Hay algún trabajo especial, y quiero subrayarlo porque acabo de recibir una tarjeta de Antonio Gala desde su casa de Alhaurín el Grande, en Málaga, donde me da infinitas y repetidas, muy repetidas gracias por ese trabajo que le ha servido por lo visto para algún otro que él está realizando, que es “El poema de la Fuente de los Leones”. Más que el poema es el mecanismo que tuvo esa fuente en época musulmana y que los cristianos desbarataron porque como les pareció una fuente muy baja montaron encima de esa fuente otra, y encima de esa segunda un surtidor que ha empezado a salpicar el agua estropeando no sólo las caras y el cuerpo de los leones sino también el poema de doce versos que está grabado en la taza.

Últimamente, aparte de otros trabajos sobre inscripciones del Generalife, de la fachada de Comares, el Partal, está el libro sobre el Techo de Comares, que ha sido una gran ilusión mía desde el año 59 en que apareció en una tablilla del artesonado una breve inscripción que da un poco la receta para restituir la policromía de este techo, que no es más que la reproducción plástica de un capítulo del Corán, la Sura 67 que trata de los siete cielos islámicos superpuestos. Para mí ha sido tal vez, después de la tesis doctoral, el trabajo de mayor ilusión de mi vida, también el que más tiempo me ha llevado aunque no trabajando siempre sobre él, pero se ha extendido desde el año 59 hasta el año 88 en que apareció el libro. Sobre mis trabajos no voy a extenderme más porque son conocidos de los discípulos y compañeros y a los demás no les interesarán.

M.P.T.— Es evidente que para Vd. Granada ha sido decisiva y que no se ha encerrado en la Universidad o en la Escuela de Estudios Árabes, sino que se ha abierto a la ciudad y ha participado en sus instituciones culturales y artísticas en su calidad de miembro de la Comisión Provincial de Monumentos, vocal del Patronato de la Alhambra, Académico de la Real Academia de Bellas Artes “Nuestra Señora de las Angustias”, director en fin del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino. Mi pregunta es directa: ¿cuál ha sido su papel en esas instituciones? Planteado de otra manera: ¿ha servido para algo que un arabista estuviera presente en ellas?

D.C.— En cuanto al Patronato de la Alhambra es evidente que un arabista tiene mucho trabajo que realizar allí, y su opinión puede pesar más o menos entre las demás opiniones de quienes constituyen el Patronato. Del Patronato fui secretario, puesto en el que sucedí precisamente a don Emilio Orozco desde el año 59 al 69, en que me sucedió también el querido compañero Antonio Gallego, luego fui, siendo Antonio Gallego vicepresidente del Patronato, presidente de la Comisión de Publicaciones y director de la revista *Cuadernos de la Alhambra*, hasta que se realizan las transferencias a la Junta de Andalucía. En el actual Patronato, aparte de los cargos políticos, todos, que lo constituyen, hay una Comisión de ocho miembros, Comisión Técnica del Patronato, esos ocho miembros son nombrados todos por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pero cuatro de ellos propuestos por la Junta, dos por la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura y otros dos por el Ayuntamiento de Granada. Yo he sido propuesto por el Ayuntamiento de Granada en unión de un arquitecto de la ciudad. Llevamos ya tres años, ahora se nos ha renovado por otros tres, cada tres años se renueva. Desde luego, en el Patronato de la Alhambra he aprendido mucho porque por ese Patronato han desfilado grandes personalidades, con conocimientos muy variados, y a mí me han sido enormemente útiles.

Por la misma fecha, año 59, me incorporé a la Comisión Provincial de Monumentos que ahora ha desaparecido y se ha sustituido creo por la Comisión de Urbanismo. De esa Comisión recuerdo dos cosas, nos reuníamos cada quince días para examinar todos los proyectos de obras que el Ayuntamientos nos enviaba, de obras de nueva planta, de reformas, etc. en el conjunto monumental, sobre todo en el Albaicín, pero también en otros lugares de Granada. Recuerdo el intenso frío que pasábamos en aquella casa de la Carrera del Darro donde nos reuníamos, que hoy está destinada a fines musicales. Pero tengo también una anécdota: en esa Comisión entraban los académicos correspondientes de la Historia y de Bellas Artes de Madrid, algunos arquitectos de la ciudad y el catedrático de Historia del Arte de la Universidad. Siempre que había que visitar algún lugar donde se iba a realizar una nueva construcción íbamos dos, de las Academias o de la Facultad de Letras, más un arquitecto. En una de las ocasiones, no se me olvidará jamás, fuimos designados don Emilio Orozco, un

arquitecto y yo a visitar en el Albaicín una casita que se iba a construir. Nosotros íbamos a ver el solar, a ver si podía tener repercusiones en el paisaje, etc. etc. Cuál fue nuestra sorpresa, que al llegar estaban colocando las puertas y las ventanas de la casa, pero además el autor del proyecto era el arquitecto que nos acompañaba, así que, pueden ustedes figurarse el momento por el que tuvimos que pasar. Realmente la construcción no constituía un grave atentado al paisaje ni a las normas que entonces dictaban las ordenanzas del Albaicín, pero de todas maneras es un indicio de lo que a veces ocurre.

El ingreso en la Academia de Bellas Artes de Granada fue tras la muerte de don Luís Seco de Lucena, a quien sucedí. Y en el Centro de Estudios Históricos, cuyo primer presidente, y nuestro Presidente siempre como he dicho recientemente, don Antonio Domínguez Ortiz, el gran historiador, cuando renunció me eligieron a mí para sustituirlo en la presidencia, pero don Antonio es insustituible.

M.P.T.— No voy a enumerar, porque carecemos de tiempo, todos los premios y distinciones que Vd. ha ido recibido, me voy a concretar a los más recientes: a Vd. la Universidad de Granada, en reconocimiento a un trabajo y una labor muy amplios, le ha convertido en profesor emérito desde 1986. En 1988 la ciudad le ha otorgado el premio “Casa de los Tiros” por su aportación a la historia y al conocimiento de Granada, y ahora, hace unos meses, la Junta de Andalucía le acaba de conceder el Premio Andalucía de Cultura 1989 en su versión correspondiente a Patrimonio Artístico. Yo le formularía una última pregunta: ¿se siente satisfecho de haber venido a Granada y de la labor que aquí ha realizado?

D.C.— El premio “Casa de los Tiros” es un premio simbólico. Para los que no lo sepan, se nos hace entrega de una gran caja con una aldaba, que es la reproducción de una de las aldabas que ornamentan la fachada de la Casa de los Tiros. A mí este premio me ha encantado, no tiene retribución económica, pero me ha encantado porque el lema de la Casa de los Tiros es “El corazón manda” y, efectivamente, cuando me dieron ese premio casi vinieron los del jurado a descubrir un secreto, que yo guardaba celosamente, al afirmar que en mi labor se ponía de manifiesto un profundo sentimiento de amor y servicio a la ciudad contribuyendo así a la difusión de Granada y de su historia. Yo, cuando se me entregó el premio, dije que la aldaba era todo un símbolo, si alguna vez me olvidaba de trabajar con amor y cariño por Granada, que esa aldaba me golpease, tal como se dice también en una inscripción de la Casa de los Tiros: “Aldabadas son que las da Dios y las siente el corazón”.

En cuanto al premio del Patrimonio Histórico de Cultura de la Junta de Andalucía, yo creo que sobre la contingencia de las personas, en mi caso concreto pudieron haber sido otros los premiados, creo que lo importante es que la Junta de Andalucía haya creado esos premios para gratificar, para que sirvan de estímulo a aquellos que

se han dedicado durante años a cultivar aspectos de la cultura tan importantes como las letras, la música, las artes plásticas, el teatro, y también a valorar y conocer nuestro patrimonio histórico-artístico. Naturalmente las palabras del jurado dicen que mi contribución ha sido decisiva, yo no diría desde luego tanto, para el conocimiento y la valoración científica del legado histórico del islam en Andalucía.

Contestación concreta a la doble pregunta que me haces. Si estoy satisfecho de mi venida a Granada, SÍ, y hoy repetiría la misma elección. Si estoy satisfecho de lo que he realizado aquí, NO. Toda la obra humana puede ser mejorada y puede mejorarse la marca, razón de más para que hoy dé las gracias al grupo organizador de este acto, a la Facultad representada aquí por nuestro querido decano, a todos los asistentes, sobre todo aquéllos que han tenido que desplazarse de otras ciudades, para todos mi gratitud. Muchas gracias.

Darío Cabanelas Rodríguez, ofm.